

**Camilo Fernández Cozman.** *Mito, cuerpo y modernidad en la poesía de José Watanabe*. Cuerpo de la Metáfora Editores. Lima, 2009

Tres ejes temáticos rigen el contenido del libro de Camilo Fernández Cozman, docente y crítico literario dedicado al estudio de la poesía peruana y latinoamericana, pues él, con acertada visión, propone una exégesis sobre la poesía de José Watanabe (1946-2007), dando notables aportes en lo que concierne al estudio de la obra de este poeta extraordinario (mas todavía olvidado en el mundo académico). Nos referimos al pensamiento mítico, la reflexión sobre el cuerpo en la modernidad y la crítica a la racionalidad instrumental, temas que van a ser desarrollados a lo largo de seis ensayos que conforman este libro. Asimismo, Fernández propone una base teórica de visión plurimetodológica que le permite abordar, con *sindéresis*, la poesía de Watanabe.

En el primer ensayo, Fernández presenta el mundo mítico de Laredo, donde sitúa historias de personajes fantásticos, provenientes de un imaginario colectivo andino, que se fusionan con las costumbres del hombre de la costa y de los migrantes japoneses. Estos relatos populares son una especie de *bricolage*, como muy bien recalca el autor, que se constituyen en un referente a partir del cual Watanabe elabora creativamente su poesía. Por eso, el crítico desarrolla un análisis ilustrativo del poema "El nieto" y, con ojo previsor, demuestra una confrontación entre la ciencia occidental (representada por los doctores) y el pensamiento mítico (el hombre, quien cree que su corazón saltará como una rana), donde la primera recusa a la segunda, acusando a esta de pre-científica o mágica. Nuestro investigador señala que este poema invita a la reflexión acerca de la importancia del mito, a la par que "el yo poético asume formas del pensamiento mítico de Laredo" (45).

El libro de Fernández analiza este mundo legendario, valorando así los relatos populares de los cuales se nutre Watanabe, además de la presencia de referentes personales del poeta (el abuelo don Calixto

Varas) y la vivencia de este en un hospital europeo. Así, Fernández resume, en esta primera parte, que Watanabe “traduce la cosmovisión de un hombre que, siendo de la costa, se ha nutrido de elementos del pensar mítico andino” (50).

En el segundo ensayo, el crítico apunta que “la poesía de Watanabe es un mar donde desembocan innumerables ríos” (51) y se dedica al análisis de los contactos de Watanabe con otros poetas y movimientos literarios de los años setenta. Le es de mucha ayuda la periodización de la poesía peruana realizada por Alberto Escobar, que conduce al abordaje de la obra de los poetas de los años sesenta y setenta que desarrollaron temas como las travesías del hombre de la calle, a la vez que emplearon la narratividad, el prosaísmo y el tono coloquial en tanto recursos estilísticos. También, el crítico observa que en “la poesía de los años setenta se percibe la poética de la obra abierta” (64) de la cual participaron Enrique Verástegui, Abelardo Sánchez León y José Watanabe, entre otros. Igualmente, remarca otras características del trabajo de estos poetas: el prosaísmo de Verástegui, la visión del migrante, la ciudad como ente enajenante en la poesía de Verástegui y de Sánchez León.

Asimismo, Fernández analiza las influencias de los poetas conversacionales ingleses (Wallace Stevens y Williams Carlos Williams) y de Ernesto Cardenal en la poesía de José Watanabe, quien emplea expresiones coloquiales con suma maestría. De este modo, el crítico se fija en el temple lírico de Watanabe, hecho que le permitirá vincularlo con poetas consagrados en el ámbito literario. Esta es una perspectiva acertada que ningún estudioso sobre Watanabe había señalado hasta ahora.

En el tercer ensayo se examina la presencia e importancia del haiku en la poesía de Watanabe, sobre todo en el poemario *El huso de la palabra*. Allí el poeta logrará resaltar “la brevedad, el espíritu contemplativo e iluminación del instante” (77) ~subraya certeramente el crítico~ además de observar que el poeta utiliza el haiku como forma estrófica. Ello nos permite afirmar que Fernández logra apreciaciones de gran valía en el estudio serio sobre la poesía de Watanabe.

Asimismo, entrevé que a partir del uso del haiku se posibilita “un diálogo intercultural entre Occidente y el otro, es decir, Oriente” (84), y observa que la poesía conversacional “se nutre” del haiku para “comprender los fenómenos de la naturaleza” (84). He ahí uno de los aportes esenciales de Watanabe a la tradición poética peruana –recalca Fernández– porque en el haiku sobresale algo de manera indiscutible: “la sabiduría del silencio” (89), como bien señala el crítico sanmarquino.

El trabajo más extenso que compone este libro es el cuarto ensayo, donde el crítico examina cada lexema del título del poemario *El huso de la palabra*. Fernández asume que el significado del vocablo *huso* se debe rastrear en su relación con el texto íntegro. De esta manera, baraja distintitas posibilidades sobre su significación, y llega a concluir que “el título del poemario subraya la intencionalidad de centrarse en el hacer poético” (94).

Nuestro crítico también propone una explicación certera sobre los artefactos retóricos en la poesía de Watanabe. Para ello, recurre a la Retórica General Textual de Stefano Arduini y de ese modo logra un acertado análisis de poemas como “El envío” o “Los versos que tarjo”. Así, Fernández refiere que en el uso de la figuras literarias “existe una dimensión pragmática y cognitiva” (99). Sin lugar a dudas, nuestro autor formula una propuesta teórica sólida a partir de la cual pasa a revisar el entramado retórico en *El huso de la palabra*.

Además, resulta expectante que Fernández sitúe a Watanabe en una tradición poética que se basa en el desarrollo del tema familiar, que ya había aparecido en autores como César Vallejo, Abraham Valdelomar, Pablo Guevara, entre otros. Una vez más, el crítico incluye a Watanabe en la impronta de los poetas consagrados en la tradición lírica peruana, la cual ha adquirido una ostensible universalidad. Otra temática propia del poeta laredino es la “conciencia crítica del poeta moderno, quien corrige obsesivamente hasta llegar a las palabras necesarias para sugerir una atmósfera al lector, quien, con su imaginación, completará el sentido del texto que el autor apenas ha esbozado” (124).

En el quinto ensayo, Fernández une la intuición a su experiencia teórica y ello le permite analizar algunos poemas de *Historia natural* sobre la base de la posibilidad de un diálogo intercultural. En efecto, Watanabe -una vez más- asimila el pensamiento mítico de Laredo a la par que se nutre del haiku para desarrollar una crítica de la racionalidad instrumental. Igualmente, el crítico propone, a partir del estudio del poema "Casa joven con dos muertos" que existe un "funcionamiento de lo real maravilloso" (143). El investigador observa el acontecer extraordinario que subyace al poema estudiado, señalando, además, cómo la metamorfosis, recurrente en el poema, implica "el funcionamiento de un tiempo cíclico" (149).

Por otro lado, las observaciones que el investigador señala acerca de la presencia de animales en dicho poema lo llevan a clasificar a *Historia natural* como un bestiario. Breve conclusión que constituye una aprehensión certera sobre la poesía de Watanabe. Fernández observa la posibilidad del diálogo intercultural en el poema "La tejedora", cuyos antecedentes, indica Fernández, se encuentran en el poema LV de *Trilce*. Afirma nuestro reseñado que la poesía de Watanabe permite una reflexión sobre el mundo natural a partir de un diálogo intercultural basado "en la solidaridad que permita a los seres humanos vivir en un planeta donde predomine la belleza..." (160).

Por último, Fernández anota, en el sexto ensayo, que Watanabe en *Cosas del cuerpo* recurre a la temática del cuerpo (las excreciones, por ejemplo) y que en dicho poemario se observa "el predominio de las sensaciones corporales". Para precisar la mencionada característica, el crítico recurre al análisis de "El albatros" de Charles Baudelaire y de "Venus Anadiomena" de Arthur Rimbaud, hecho que le permite ejemplificar la crítica a la modernidad a partir de la noción de cuerpo que se vuelve marginal (el cuerpo del poeta-ave en "El albatros") o despreciado (la belleza del cuerpo deformado en "Venus Anadiomena"). Este último apartado es importante porque Fernández logra, a partir del análisis del poema "Restaurante vegetariano", señalar que el poeta laredino "cuestiona la primacía de las sociedades basadas en la

competencia desmesurada y donde brillan por su ausencia valores como la solidaridad y la cooperación mutua" (179).

Watanabe advierte que el olfato, la vista, el gusto, el tacto y el oído permiten reflexionar sobre la intersubjetividad como base para la convivencia: "el reconocimiento del cuerpo del otro como paso previo para comprender que el consenso es imprescindible; sin él no es posible un auténtico desarrollo humano" (182). En "El guardián del hielo", Fernández demuestra la actualización del tópico horaciano del *carpe diem*. Sin embargo, hay un cambio fundamental: Watanabe, a diferencia de los poetas clásicos, pone de relieve la presencia del sujeto marginal (el heladero), la reflexión de la destrucción del entorno natural que desembocan en "la imposibilidad de realizar la labor cotidiana" (186); en otras palabras, se trata de la frustración de cuidar el hielo que se derrite bajo el sol implacable.

En suma, Camilo Fernández Cozman considera a José Watanabe a partir de un diálogo con los relatos míticos de Laredo y su vivencia, además de resaltar los nexos entre el autor de *El huso de la palabra* y otros poetas como Vallejo, Baudelaire y Rimbaud. Así logra situarlo, de manera plena, en el ámbito de la literatura peruana pero articulada al contexto internacional. (Giuliano Terrones Torres)